



Stephanie Laurens

Al filo del
deseo

∞ EL CLUB BASTION ∞

*El club Bastion.
Al filo del deseo*

Stephanie Laurens

Esencia/Planeta



Agosto de 1816

Londres

Debería hacerla esperar.

Con la cabeza llena de pensamientos y disparatadas conjeturas, Christian Michael Allardyce, sexto marqués de Dearne, bajó despaacio la escalera del club Bastion. Estaba alimentando su desaliento mientras se tomaba un brandy en la biblioteca, cuando Gasthorpe, el mayordomo, había aparecido con una nota que lo enfrentaba a su pasado.

Ese pasado lo aguardaba en la salita delantera, la estancia que, junto con sus otros seis socios del club, todos ex miembros de uno de los cuerpos más selectos y secretos de los servicios de su majestad, habían estipulado como la única estancia de su refugio contra el constante asedio de las damas de la buena sociedad en la que se permitiría la presencia femenina.

Y aunque esa regla, incidente tras incidente, se había ido quedando por el camino en los meses siguientes a la fundación del club, Gasthorpe había tenido el acierto de llevar a esa dama en particular a la formal salita.

Realmente, debería hacerla esperar. De hecho, ella había dicho que lo esperaría a él doce años atrás, pero entonces había aparecido otro hombre y cuando Christian estaba en pleno corazón de la Europa de Napoleón, ella había dejado a un lado la promesa que le había hecho y se había enamorado y casado con un tal George Randall.

Y ahora era lady Letitia Randall en lugar de la marquesa de Dearne.

En lo más profundo de su corazón, donde ya nada ni nadie lo afectaba, él aún se sentía traicionado.

Era lady Letitia Randall desde hacía ocho años y, aunque Christian había regresado a Inglaterra hacía diez meses, y ambos se movían en el mismo círculo, un círculo muy reducido, no habían intercambiado ni una sola palabra. Ni siquiera se habían saludado con un gesto de la cabeza.

Incluso eso era demasiado esperar de él, en vista de su pasado común. Letitia parecía comprenderlo, porque fría e indiferente, altiva y distante, como si nunca hubieran sido amigos, como si nunca hubieran sido amantes, había mantenido cuidadosamente las distancias. Hasta ese momento.

Christian:

Necesito tu ayuda. No hay nadie más a quien pueda recurrir.

L.

Eso era todo lo que decía en su nota. Sin embargo, entre líneas, esas escuetas palabras decían mucho más.

Sus pies continuaron avanzando sin parar. Debería hacerla esperar, pero no podía imaginar qué la había llevado hasta allí. Ni tampoco por qué su personal de Allardyce House, en Grosvenor Square, le había revelado su paradero.

Percival, su mayordomo, era un modelo en su profesión y nada, aparte de una fuerza de la naturaleza, habría inducido a ese hombre a desobedecer las órdenes expresas de su señor.

Por otra parte, la mujer que ocupaba en ese momento la salita se había comportado como una verdadera dama desde muy joven.

Tras bajar el último escalón, miró la puerta de la pequeña estancia. Estaba cerrada. Podría dar media vuelta y alejarse, hacerla esperar durante, como mínimo, diez minutos, incluso quince. La desesperación de su súplica le aseguraba que aguardaría. No dócilmente,

el adjetivo «dócil» no se incluía en su repertorio, más bien apretaría los dientes y esperaría hasta que él se dignara ir a verla.

Una parte de sí mismo deseaba hacerle daño, como ella se lo había hecho a él, como aún se lo hacía, porque, a pesar de los años, la herida seguía abierta, aún sangraba.

El leve y esquivo olor a jazmín lo atrajo hacia la puerta. Se dijo a sí mismo que era la curiosidad lo que lo hacía alargar la mano hasta el pomo, no la increíble e irresistible atracción que los había unido desde el principio, que incluso después de doce años de abandono y ocho de desencanto aún surgía entre ellos en medio de un salón de baile abarrotado y lo hacía sufrir.

Christian abrió la puerta mientras se armaba de valor y entró. La primera sorpresa fue su ropa de luto. Se detuvo en el umbral mientras realizaba un rápido balance de la situación.

Letitia estaba sentada en uno de los sillones que había junto al pequeño hogar, mirando hacia la puerta, e iba ataviada con un traje fúnebre, completamente negro, apagado... Cualquiera otra dama habría parecido lúgubre con él. Pero en ella...

Incluso totalmente cubierta por un velo como estaba, el deprimente atavío no lograba mitigar ni un ápice de su vitalidad. Cada línea de su esbelta silueta transmitía con fuerza una vibrante energía en cierta medida reprimida, pero siempre a punto de escapar, de estallar; sólo tenía que mover una mano enguantada para atraer y fijar al instante la atención de cualquier hombre y, sin duda, la de Christian.

Lo demostró al alzar ambas manos, unas largas y finas palmas y unos delicados dedos enfundados en fina piel negra, y retirarse el velo negro para que pudiera verle la cara, de rasgos elegantemente modelados, unos labios de rubí esculpidos por un maestro, el inferior carnoso y tentador. Tenía unos ojos grandes y almendrados, cuyo color era una mezcla infinitamente variable de verdes y dorados, pómulos altos, pestañas negras y espesas, la nariz recta y patricia, todo ello enmarcado por un óvalo de perfecta piel de porcelana.

Sin embargo, esa descripción no le hacía justicia, porque Letitia

era la personificación de la belleza aristocrática femenina no sólo por su composición, sino también por su animación. En reposo, su rostro era serenamente hermoso; en movimiento, sus expresiones resultaban asombrosamente vívidas.

Esa tarde, no obstante, se la veía... contenida.

Christian frunció el cejo. Entró en la estancia y cerró la puerta.

—¿Tu padre?

Había supuesto que el estricto luto se debía al fallecimiento de su padre, el conde de Nunchance. Pero si el cabeza de la familia Vaux hubiera muerto, la buena sociedad habría bullido con la noticia. Y él no sólo no había oído nada al respecto, sino que el rostro de Letitia, pálido por naturaleza, no mostraba ningún rastro de pesar; más bien parecía estar refrenando la ira.

No había sido su padre, pues. A pesar de los problemas familiares que eran comunes entre los Vaux, ella sentía un sincero cariño por el excéntrico conde.

Sus cejas, perfectamente arqueadas, descendieron en un leve fruncimiento que le indicó a Christian que estaba siendo demasiado lento para su gusto.

—No. Mi padre, no.

El sonido de su voz lo descolocó. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la había oído. Grave, con la más inocua frase, era una voz que evocaba visiones de pecado. Sin embargo, ese día transmitía cierta tensión.

Letitia tomó una brusca inspiración y luego afirmó sin rodeos:

—Randall ha sido asesinado.

Como si decirlo en voz alta la hubiera hecho salir de algún encantamiento, finalmente lo miró a los ojos. Los de ella centelleaban con una evidente furia.

—Lo han matado a golpes en su estudio, esta noche. Los sirvientes lo han encontrado por la mañana y los idiotas de los agentes se han empeñado en que Justin es el asesino.

Christian parpadeó.

—Ya veo.

Avanzó despacio hacia el interior de la estancia para darse tiempo a analizar minuciosamente las noticias y se sentó en el sillón que había frente a ella.

Lord Justin Vaux era su hermano pequeño. Letitia tenía veintiocho años, casi veintinueve, con lo cual Justin tenía veintiséis. Ambos hermanos estaban muy unidos, siempre lo habían estado.

—¿Y qué dice Justin?

—Ése es el problema. No podemos encontrarlo para preguntárselo. Pero en lugar de buscarlo, las autoridades han decidido que es el cabeza de turco que queda más a mano. Sin duda, estarán organizando un gran revuelo mientras hablamos. —Letitia lo dijo con brusquedad y su tono era ácido.

Ahora que había superado el obstáculo más difícil, conseguir que Christian hablara con ella, se sentía más capaz de concentrarse en el problema que tenía entre manos y eso era, sin duda, mejor que concentrarse en él, que observar cómo caminaba con inefable gracia y atravesaba la estancia para acercarse.

Permitirse observarlo había sido un error. Todo ese reprimido poder condensado en un solo hombre, un hombre al que nadie que tuviera ojos en la cara calificaría como nada menos que peligroso, garantizaba la distracción de cualquier mujer viva. Y la de ella sobre todo.

Sin embargo, ese día necesitaba ir más allá del glamour y tratar con el hombre.

La expresión de Christian rara vez dejaba traslucir nada y tampoco hacía nada para suavizar los duros ángulos de su rostro, los marcados pómulos, los largos planos de las mejillas, el austero conjunto de las facciones: unos grandes ojos grises bajo unas amplias cejas, unas pestañas sorprendentemente tupidas, los labios finos y la varonil forma de la nariz. La barbilla cuadrada subrayaba la testarudez que a menudo ocultaba bajo el manto de un encanto natural.

Para él, el encanto y la gracia siempre habían sido fáciles, algo que Letitia, siendo una Vaux y, por tanto, alguien pendiente de todos los detalles de la apariencia, había apreciado siempre. Aún lo apre-

ciaba; de hecho, el efecto que tenía sobre ella, sobre sus sentidos, era más fuerte de lo que recordaba.

Sabía muy bien lo profundo que era el amor que aún sentía por él, pero había olvidado cómo era, había olvidado todas las manifestaciones físicas que surgían de esa conexión del alma.

Hacía doce años que no estaban tan cerca. Su decisión de mantener la distancia cuando Christian había vuelto a aparecer entre la buena sociedad había sido claramente acertada.

Incluso desde casi dos metros de distancia podía sentir cómo se le alteraba la respiración al punto de hacer que se sintiera un poco mareada, cómo se le crispaban los nervios con una reveladora anticipación, una emoción que nunca se vería satisfecha. Ya no. No, después de que se hubiera casado con Randall.

Su mirada gris se había apartado de ella, pero volvió a enfocarla, concentrada e intensa.

—¿Por qué las autoridades se han decidido por Justin? ¿Estaba allí?

Letitia se sintió aliviada; el hecho de que estuviera haciendo preguntas era una buena señal.

—Al parecer, visitó a Randall anoche. El estúpido mayordomo de la casa, que desaprueba a todos los Vaux, y a Justin en particular, se ha mostrado encantado de poder señalar con el dedo a mi hermano. Pero tú sabes tan bien como yo que, aunque todo sugiera lo contrario, él nunca mataría a nadie.

Christian la miró a los ojos, vio en ellos la furia y la preocupación. La inquietud.

—Tú no crees que él lo hiciera. Puede que yo crea que no lo hiciera. Pero eso no significa que no lo haya hecho.

Provocar a un Vaux era un pasatiempo peligroso, pero esta vez ella no replicó, se contuvo, y eso le indicó a Christian hasta qué punto estaba preocupada. A pesar del genio que era el legado de su familia —a los Vaux no se los conocía por su carácter de mil demonios porque sí— Letitia no era una mujer que se preocupara sin razón. Lo que explicaba por qué estaba allí, recurriendo a él, al hom-

bre que sabía que era, alguien que nunca había sido capaz de negarle nada.

Ni siquiera su corazón.

Ella le sostuvo la mirada sin vacilar. Luego preguntó simplemente con aquella voz grave, seductora:

—¿Me ayudarás?

Christian la miró a los ojos y se dio cuenta de que Letitia no sabía cómo le respondería, no sabía lo profundamente enamorado que seguía estando. Lo cual significaba...

Arqueó una ceja.

—¿Qué valor tiene para ti mi ayuda?

Parpadeó sorprendida, estudió su rostro, sus ojos y entornó los de ella. Tras una incómoda pausa en la que valoró y consideró lo que en verdad había querido decir él, replicó:

—Sabes perfectamente que haré cualquier cosa, lo que sea, para limpiar el nombre de Justin.

En su tono había absoluta determinación, un compromiso total. Christian inclinó la cabeza.

—Muy bien.

Se oyó asentir a sí mismo cortésmente. No había pensado en qué podría pedirle a cambio. Ni siquiera estaba seguro de por qué la había forzado a aceptar semejante trato, pero ese «cualquier cosa» le ofrecía un amplio abanico de posibilidades.

Aún podría vengarse por todos los años de dolor.

Al pensarlo, reaccionó, aunque no supo si por el malestar o por la anticipación.

—Cuéntame qué pasó. La secuencia de los acontecimientos que dieron lugar a la muerte de Randall tal como tú los conoces.

Letitia vaciló, luego cogió la pequeña bolsa negra que había mantenido en su regazo durante todo el rato.

—Ven a casa. —Se levantó y volvió a echarse el velo sobre la cara—. Será más fácil de explicar allí.

Había pensado que sería más fácil si había lugares y cosas alrededor para distraerlo, pero el hecho de tenerlo de nuevo a su lado sometía a sus nervios a un estado de perpetua tensión, listos para responder ante cualquier contacto, por muy leve que fuera, a disfrutar de la calidez que emanaba de su cuerpo fuerte, atrayéndola cerca de él.

Mientras Letitia apretaba los dientes mentalmente, señaló el lugar del estudio de la casa de South Audley Street donde le habían dicho que habían encontrado a su difunto esposo.

—Aún se puede ver la mancha de sangre.

El lugar en cuestión se encontraba entre la chimenea y el gran escritorio. Ella no era especialmente aprensiva, pero la visión de la mancha marrón rojiza le produjo náuseas.

No importaba lo que sintiera por Randall, ningún hombre debería morir como él lo había hecho, brutalmente golpeado hasta la muerte con el atizador de su propia chimenea.

Christian se acercó mientras estudiaba la mancha.

—¿Hacia dónde miraba el cuerpo, hacia el fuego o hacia el escritorio?

Letitia frunció el cejo.

—No lo sé. No me lo han dicho. Y no me han permitido entrar para verlo. Han dicho que era demasiado... sangriento.

Alzó la cabeza, esforzándose por concentrarse en la conversación, intentando no cerrar los ojos y dejar que sus otros sentidos actuaran.

Había olvidado lo alto que era, lo grande; había olvidado que era uno de los pocos hombres de la buena sociedad que la superaba en altura, que podía hacerla sentirse... protegida.

Ése no era el motivo por el que había acudido a él, pero en ese momento no podía más que sentirse agradecida por su talla, su cercanía, por el recordatorio de virilidad que suponía en presencia de la cruda muerte.

—Se han llevado el atizador. —Tomó una tensa inspiración, se dio la vuelta y señaló la mesa que había junto a uno de los sillones

que flanqueaban la chimenea—. Y han vaciado la mesa. Había dos copas en ella. Eso me han dicho. Con brandy las dos.

—Cuéntame lo que sepas. ¿Cuándo lo viste por última vez?

La pregunta le dio algo en lo que concentrarse.

—Anoche fui a cenar a casa de los Martindale, luego a una fiesta a Cumberland House. Regresé bastante tarde. Randall se había quedado en casa, a veces lo hacía cuando tenía asuntos que atender. Me abordó en el vestíbulo y me pidió que lo acompañara aquí. Quería discutir de... —hizo una pausa y luego continuó, consciente de que su voz, que se estaba endureciendo, desvelaría su enfado— un asunto familiar.

Randall y ella llevaban casados ocho años, pero no habían tenido hijos. Con algo de suerte, Christian imaginaría que ése había sido el tema de la conversación, el tema que tan delicadamente se había abstenido de mencionar.

Con la mirada fija en su rostro, él supo que Letitia albergaba la esperanza de engañarlo. Negándose a seguirle el juego, decidió que volvería al tema de esa discusión con su marido más adelante. Por el momento...

—¿Discusión?

Con un Vaux involucrado, la palabra «discusión» podía referirse a una guerra verbal.

—Tuvimos una pelea. —Se le ensombreció el semblante cuando continuó—: No sé cuánto duró, pero al final me marché y lo dejé aquí. —Indicó con un gesto el ímpetu de su salida, algo que Christian podía imaginar sin problemas.

—Así que discutisteis. Enérgicamente.

Letitia asintió.

Él recorrió la estancia con la vista y luego la dirigió de nuevo a ella.

—¿Ningún jarrón roto? ¿Ningún adorno salió volando?

Letitia cruzó los brazos bajo los pechos y levantó la cabeza con arrogancia.

—No fue ese tipo de pelea.

Una discusión fría, pues, una sin acaloramiento ni pasión. Para ser ella, y con su esposo, le pareció extraño.

Christian desvió la mirada para estudiar de nuevo la habitación. En realidad, apartó la vista de ella para no concentrarse en sus pechos, unos pechos que conocía, o había conocido bien en una época. Alejar su mente de imágenes lujuriosas del pasado, mucho más potentes por ser recuerdos y no un mero fruto de la imaginación, le costó más esfuerzo del que le habría gustado. Se movió.

—Así que dejaste a Randall aquí, sano y salvo, y entonces, ¿qué? ¿Qué es lo siguiente que sabes?

—Nada en absoluto hasta que mi doncella ha entrado corriendo esta mañana para explicarme lo del asesinato. —Le dio la espalda a la mancha de sangre.

Christian caminó con ella, a su lado, cuando Letitia se dirigió a la ventana que daba a la calle y se detuvo allí.

—Para cuando me he vestido y bajado, el mayordomo, que es un pequeño y entrometido incordio de nombre Mellon, se había encargado ya de avisar a las autoridades, que han asignado a un investigador de Bow Street, un hombre taimado y estrecho de miras, cuya única preocupación es cerrar el caso lo antes posible sin importarle la verdad.

Guardó silencio, pero antes de que Christian pudiera formular su siguiente pregunta, añadió:

—Otra cosa que mi doncella ha farfullado, la chica estaba histérica, es que esta mañana la puerta del estudio estaba cerrada con llave y que han encontrado la llave en el suelo por la parte de dentro. Mellon y los sirvientes han intentado derribarla, pero no lo han conseguido. —Los dos se volvieron para mirar la puerta, una pesada pieza de roble de varios centímetros de grosor, con una cerradura a tono—. Por suerte, alguien en la casa sabe forzar cerraduras. Así es como han logrado entrar... y lo han encontrado.

Christian se alejó de ella para acercarse a la puerta; sus sentidos seguían distraídos, pero su intelecto estaba centrado.

—¿A qué distancia de la puerta estaba la llave? Dedúcelo a partir de lo que le has entendido a la doncella.

—Unos pocos metros, no más. Por lo que ha dicho, eso parecía.

Christian miraba fijamente el suelo, asimilando las implicaciones de que la llave estuviera en ese punto, cuando una joven apareció en la entrada. Él alzó la vista y se encontró con sus ojos, luego ascendió hasta su pelo y sonrió.

—Hermione.

—Lord Dearne. —Le hizo una reverencia—. No sabía si se acordaría de mí.

Christian le sonrió con simpatía, recordando a la pequeña de cuatro años que era cuando la había visto por última vez. Por suerte, su pelo era un rasgo revelador; por lo que había oído decir, común a todos los Vaux.

La chica poseía unos exuberantes rizos que, por su intensa tonalidad, parecían rojos. Gracias a eso, combinado con sus rasgos, una versión más suave, más afable de los de Letitia, identificarla no había sido difícil.

Hermione miró a su hermana mayor y entró en la estancia. Christian se fijó en que no miró los restos de la mancha de sangre; estaba centrada en Letitia.

Christian también miró a ésta; tenía la cabeza gacha y la mente en otra parte. Era evidente que no le molestaba que Hermione se uniera a ellos.

Letitia lo miró entonces y continuó:

—Eso es todo lo que sé de primera mano. Lo que he podido averiguar del investigador...

—No. —Christian alzó una mano—. No me lo digas. Quiero oírlo directamente de él.

Ella entornó los ojos.

—¿Sin mis interpretaciones?

Él reprimió una sonrisa.

—Sin tus apelativos.